Resumen de Jacques Nassif, publicado en *Lettres de l'École Freudienne de Paris*, Nº 3, Junio-Julio de 1967

— El 25 de Enero de 1967 — Seminario en la Escuela Normal Superior.

Introducción

El descubrimiento del inconsciente da la verdad a la alienación, tal como la he definido: Una elección ineluctable entre un: "yo no pienso" y un "yo no soy". Lo que soporta esta verdad, es el objeto *a*, con el cual la castración seguramente no carece de relación, puesto que el falo, como su signo, representa justamente la posibilidad ejemplar de la falta de objeto.

Esta falta es inaugural para el niño que no se despierta a todo lo que se realiza en el acontecimiento psíquico más que al mismo tiempo que descubre con horror que su madre está castrada, la madre no designando aquí nada menos que ese Otro que es cuestionado en el origen de toda operación lógica.

En suma, la sexualidad, tal como es vivida y tal como opera, puede ser fundamentalmente presentada, a partir de lo que localizamos en la experiencia analítica, como un "defenderse" de dar curso a esta verdad de que no hay Otro. ¿Qué quiere decir esto?

I — Que no hay Otro

Planteamos así que no hay ningún lugar donde se asegure la verdad constituída por la palabra, ningún sitio que justifique el cuestionamiento por medio de las palabras de lo que no es más que palabras; y formulamos esta verdad escribiendo S(Ⱥ), como único punto de partida concerniente a la lógica del fantasma.

Pero como esta afirmación, que no hay Otro, tiene resonancias ateístas, puede plantearse la cuestión de saber si su sentido radical está bien dado por lo que equivaldría a soplar una sombra. Es preciso ver que se trata de otra cosa: Si A está barrado, es para designar ante todo que está marcado. Ahora bien, el Dios que es tan necesario a la elaboración de toda filosofía, ¿no tiene justamente por característica no estar marcado, lo que tiende a probar la teología negativa y que invoca el argumento ontológico, cuando se apoya sobre la idea de Perfecto?

A este Otro "de los filósofos y de los sabios" ninguna marca por lo tanto lo disminuye, sino que a la lengua misma le repugna introducir la función de la marca en la categoría del Otro, como puede hacérselos sentir la dificultad que habría en elegir entre *das Anderes* y *der Andere* para traducir en alemán lo que yo propongo bajo este término, tanto como la necesidad en que me ví en Baltimore de emplear *the otherness*, en lugar de *the Other*.

Al contrario, cuando ustedes se las tienen que ver con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, la marca, ustedes no están privados de ella. Y los que se las tienen que ver, indirectamente, personalmente o colectivamente con este tipo de Otro tienen ellos también un destino bien marcado. Y esto no es evidente, pues, para nosotros, que el Otro esté marcado, es precisamente aquello de lo que se trata en la castración primitiva del ser materno, lo que se traduce en el campo de la verdad que nos ocupa aquí por la fórmula S significante de A mayúscula barrada, contra la cual nada podría prevalecer.

Es por esto que, ante toda especulación que tiende a embrollar esta marca del Otro, aun colmando su falta por algún concepto para hablar con propiedad *sinnlos*, tal como "conciencia no-tética de sí", no es otra actitud que la ignorancia. Lo que suple al defecto de la *Selbstbewußtsein* no podría ser de ninguna manera situado como su propia imposibilidad. Y si en el extravío del *voyeur*, es precisamente de la mirada que se trata, el estatuto de esta mirada hay que buscarlo muy en

otra parte, en lo que el *voyeur quiere* ver, pero desconociendo que se trata de lo que lo mira más íntimamente, lo que lo fija en su fascinación de *voyeur*, al punto de volverlo a él mismo tan inerte como un cuadro.

Ahora bien, es lo que este análisis demasiado conocido desconoce en su errancia radical lo que lo lleva por otra parte a afirmar que el infierno, es nuestra imagen para siempre fijada en el Otro: lo que es falso. Si el infierno está en alguna parte, es en el *yo* {*je*}. Y sólo la admisión, en el principio y en la base, del inconsciente, constituye como tal el estatuto de la alienación, la cual, en la letra de los textos de Marx, no tiene nada que ver con lo que resulta de deformación y de pérdida en la comunicación, puesto que se trata de mi trabajo, y del hecho bien real que me vuelve bajo la forma de un producto que es preciso que yo pague a cierto precio, aun incluso cuando yo soy su productor.

Que algunos analistas experimenten alguna resistencia para escuchar sin una angustia que puede llegar hasta la impaciencia, lo que yo enuncio a propósito de esto, no tiene aquí nada de asombroso, en la medida en que esta inquietud está condicionada por un: "Tú no eres más que esta nada que yo soy", a llevar dentro de un registro que no es más el del amor, pero que implica igualmente una relación del "yo soy" con el *a* minúscula.

En efecto, el *a* minúscula, en el camino que traza el análisis, es el analista. Y es porque el analista tiene que ocupar la posición del objeto *a*, que la fórmula suscita, en él, al no ser rechazada, una angustia muy legítima.

II — La representación y la cosa

Pero no hay ahí nada que desconcierte. Volvemos a encontrar en nuestro camino el viejo aforismo de una sabiduría ciertamente perdida, pero no sin eco; quiero hablar del: *Tat Twamasi* (reconócete: tú eres esto).

Ahora bien, si el "esto" es identificado al correlato de una representación, como se ha apresurado a hacerlo toda la tradición filosófica, nada es más vacío de esta fórmula. Es por esto que el estatuto de la re-

presentación como tal tendríamos que retomarlo, a la luz, por ejemplo, del último volumen de las *Mitológicas* de Claude Lévi-Strauss. Incluso si ya no nos las vemos aquí más que con una materia muerta cuyo *yo* está ausente, no es menos cierto que el análisis de los mitos descentra completamente la función de la representación; es así fascinante ver que antes mismo de que el tabaco nos llegara, su sitio estaba de alguna manera marcado en ciertos textos medievales como constituyendo ese opuesto de cenizas que la miel ya indicaba. Por así decir, la cosa-miel, desde hacía mucho tiempo — desde siempre — esperaba a la cosa-tabaco.

¿No tenemos ahí lo que Freud articula bajo el término: *Sachevorstellung*? Se dirá ciertamente que Freud entendía decir bajo este término que eran cosas las que estaban representadas. Pero por qué tendríamos repugnancia a pensar las relaciones de las cosas entre sí como soportando representaciones pertenecientes a las cosas mismas, puesto que también las cosas se hacen signo entre ellas — dejemos a esta expresión toda su ambigüedad — se llaman, se esperan y pueden expresarse en un "orden de las cosas", y puesto que es, sin ninguna duda, sobre esto que jugamos, cada vez que interpretando como analistas, hacemos funcionar algo como *Bedeutung*.

Por cierto, ahí está la trampa; pues en el nivel del sueño, el *yo* que está como desligado — pues, viniendo a conjugarse con un "yo no soy", está allí a la vez omnipresente y nunca completamente identificable — permanece mucho más flexible que en los mitos; y uno no se equivoca si dice que uno siempre estará servido, si se quiere volver a encontrar en el inconsciente la red y la trama de los antiguos mitos.

Si el psicoanalista no se detiene ahí, es porque lo que debe ante todo retener, es que haya agujeros en ese *yo* de la *Bedeutung*, donde se manifiesta todo lo que concierne al objeto *a*. Pero los analistas hacen todo para volver a ligarlo a alguna función orgánica, hablando, por ejemplo, a propósito de la pulsión oral, de "buena" y de "mala" leche, mientras que se trata del seno, el que en tanto que objeto erótico es justamente perfectamente irrepresentable. Es apenas lo que podemos llamar un "punto de goce" cuya opacidad puede ser devuelta bajo estas palabras de poeta hablando de "nube deslumbrante de los senos" o en el fantasma también por toda frase gramaticalmente correcta. Es por lo tanto precisamente el objeto *a*, y sólo él, el que puede permitir-

nos suplir a la imposible *Selbstbewußtsein*; todavía es preciso saber encontrarlo donde está. Ahora bien, ¿qué nos dice Freud a propósito de esto, si tomamos las cosas a nivel del deseo del sueño?

III — Las suspensiones del deseo

Es ante todo bastante sorprendente, si el *yo* no es nada más que la opacidad de la estructura lógica, si la intransparencia de la verdad es lo que da el estilo del descubrimiento de Freud, verle decir que tal sueño que contradice su teoría del deseo, no significa nada más que el deseo de no darle la razón; ciertamente podemos retraducir esto diciendo que el deseo, es el deseo del Otro; pero si este Otro se puede sospechar de él que no existe, ¿en qué suspenso no es dejado el estatuto del deseo?

Ahora bien, éste es justamente el punto que nos interesa y que Freud precisa de una manera muy segura al final del capítulo VI de la *Traumdeutung*, cuando hace observar que el soñante se arma y se defiende con esto: que lo que él sueña no es más que un sueño, y que hay una instancia que sabe siempre que el sujeto duerme, la cual no es de ningún modo el inconsciente sino el preconsciente. Ahora bien, esta complicidad del deseo de dormir que representa en preconsciente, con el deseo en tanto que se opone a la realidad, debe darnos para reflexionar sobre lo que sucede en el despertar; quizá no es más que un corto instante: aquel donde se cambia de telón.

Pero esta puesta en suspenso tiene otra vertiente que el relato de un sueño de Chuang Tzu me permitirá ilustrar. Este habría interrogado a sus discípulos sobre el asunto de saber cómo distinguir a Chuang Tzu soñándose mariposa, de una mariposa que, por despierta que se crea, no haría más que soñarse Chuang Tzu. Este sueño, voy a permitirme suponer que ha sido efectivamente soñado y mal informado, Chuang Tzu diciéndose, cuando se sueña mariposa: “esto no es más que un sueño”; lo que, se los aseguro, es completamente conforme a su mentalidad, ya que él no duda un segundo en superar este pequeño problema de su identidad en cuanto a su ser Chuang Tzu.

Ahora bien, lo que permite situarla como *yo*, para él, que no tiene más que la geometría de su visión y que no puede responder al Otro más que: “esto está a la derecha, esto está a la izquierda”, es que él es él

mismo cuadro en ese mundo visible, y que “mariposa” no es ahí nada más que lo que lo designa a él mismo como mancha sobre un fondo.

Es por esto que lo que resulta interrogado en esta segunda puesta en suspenso del: “yo sueño”, lo que se sustrae, es este origen de la mirada: el objeto *a*, en tanto que enmascara la realidad de la mirada y que está en correlación estrecha con la función del “yo quiero ver”. Pero no podremos captar este privilegio del objeto *a* (que es, por lo demás, múltiple) como enmarcando el *yo* de todos los fantasmas, en tanto que no lo hayamos articulado de una manera más precisa por relación a la repetición.

El sujeto puede inscribirse en cierta relación de pérdida por relación a ese campo donde se esboza el trazo por el que se asegura en la repetición: la topología de este campo nos permitirá, a partir de ciertos efectos de corte, describir estos puntos evanescentes: los objetos *a*.

traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES 23-10-09